



*Oración preparada por
p. Reuben GAUCI (AC MALTA) y p. Gianluca ZURRA (AC ITALIA)*

6 de Agosto La transfiguración del Señor

LA CARICIA DE UN SUEÑO

- Signo DE CRUZ e INTRODUCCIÓN breve A LA ORACIÓN (Don Reuben)

Continuemos este encuentro tomando conciencia de que vivimos en la presencia de nuestro Dios que nos ama. Nuestra vida es una expresión del amor de Dios. Tratemos de calmarnos y afirmar la presencia de Dios en nuestras vidas: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén

Al comienzo de este encuentro, viniendo de tantos países diferentes, oremos para estar abiertos al Espíritu Santo que trajo el orden cuando la tierra estaba sin forma y vacía y que inspiró a los escritores santos a escribir las Escrituras: Llénanos con tu don de docilidad y comprensión, para que las Escrituras que escucharemos continúen transformándonos.

- LECTURA DEL evangelios Mt 17, 1-9

1. Seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los lleva aparte, a un monte alto. **2.** Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. **3.** En esto, se les aparecieron Moisés y Elías que conversaban con él. **4.** Tomando Pedro la palabra, dijo a

Jesús: «Señor, bueno es estarnos aquí. Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.» **5.** Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y de la nube salía una voz que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle.» **6.** Al oír esto los discípulos cayeron rostro en tierra llenos de miedo. **7.** Mas Jesús, acercándose a ellos, los tocó y dijo: «Levantaos, no tengáis miedo.» **8.** Ellos alzaron sus ojos y ya no vieron a nadie más que a Jesús solo. **9.** Y cuando bajaban del monte, Jesús les ordenó: «No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.»

COMENTARIO AL EVANGELIO (Don Gianluca)

Hay momentos en que para dar confianza se requiere una fuerte presencia, manos que pueden sacudir los miedos, agarrar con firmeza a los que se están ahogando o arriesgarse a caer en la tristeza. Sin embargo, también hay momentos que se pueden cruzar gracias a un estilo más sobrio, pero no menos capaz de infundir coraje. Esto es lo que Jesús hace con sus discípulos: después de anunciarles su inminente pasión, generando consternación y perplejidad, no los deja solos, ni los saca violentamente del letargo en el que han caído. En cambio, elige el camino del sueño, de la ternura, del acompañamiento delicado, no a modo de empuje, sino más bien como una caricia. Lleva a los discípulos a un lado, en una montaña. Este es el primer gesto de cuidado, claro en su fuerza de humanidad: cuando se trata de enfrentar una crisis no se puede permanecer en el ruido ensordecedor, pero es necesario detenerse y hacer de ese silencio un lugar de palabras verdaderas, de relaciones fructíferas. Pedro puede encontrar su lugar de nuevo, puede decir el suyo libremente, mientras que Jesús mismo acoge a los discípulos, y nosotros junto con ellos, en su fructífero diálogo con Moisés y Elías. En el alboroto todo esto no sería posible: los que nos aman nos invitan a rehacer nuestras labores apartándonos, dándonos tiempo y devolviéndonos la dignidad de verdaderos interlocutores. No sólo eso, sino que en la montaña los discípulos están rodeados por la nube: es la "caricia" de Dios, que no se abre paso con una luz deslumbrante, imposible de sostener con nuestra mirada, sino que envolviendo y guardando, porque al final, cuando nos perdemos, esto es lo que necesitamos para poder continuar el viaje. Pero el gesto más desconcertante de Jesús es el último: toca a los discípulos diciéndoles que se pongan de pie, que no teman, que no tengan miedo. No da respuestas, no ofrece certezas que cierren y resuelvan, pero su toque, como la nube y como el silencio de la montaña, es capaz de acariciarlas, invitándolas a continuar, reabriendo una vez más un camino que parecía cerrado, imposible de cruzar. En el toque de Jesús se manifiesta así la presencia de un Dios que sabe acariciar, llevando al margen, envolviendo, dando fuerza para levantarse y reelaborar los miedos. Cualquier otro gesto intruso, demasiado violento, habría sido contraproducente. Quizás habría engañado a los discípulos con magia, pero les habría hecho caer por enésima vez en el desconcierto tan pronto como volvieran al pie de la montaña. Pero no: cuando uno acaricia, acompaña y pone al otro de pie sin tomar el lugar de su responsabilidad, entonces no hay realmente nada que temer. Siempre seguirá habiendo desiertos que enfrentar, temores por lo que no podemos de ninguna manera predecir o controlar, pero una mano que toca así, que acaricia así, que nos toma en serio de esta manera, hoy como entonces puede convertirse en un recurso de confianza y humanidad para todos. Y sabemos bien cuánto lo necesitamos en estos tiempos, aprendiendo también de las crisis para saber percibir mejor lo que nos rodea las verdaderas caricias que no nos engañan, sino que nos acompañan en la vida sin segundas intenciones. Como nos recuerda el Papa Francisco, los jóvenes, las nuevas generaciones, necesitan volver a soñar, siempre y sobre todo en los momentos más delicados y difíciles: que los

gobernantes, los que tienen responsabilidades eclesiales, sociales, políticas y económicas, sepan tomarlos de la mano, como Jesús en la montaña, y les permitan descubrir que aún hoy, a pesar de todo, se puede llegar con confianza a la vida adulta, para aportar su contribución a un mundo más justo, más bello, más verdadero.

- LECTURA DE CHRISTUS VIVIT : nn. 14 e 15

- 14. Advirtamos que a Jesús no le caía bien que las personas adultas miraran despectivamente a los más jóvenes o los tuvieran a su servicio de manera despótica. Al contrario, Él pedía: «que el mayor entre ustedes sea como el más joven» (Lc 22,26). Para Él la edad no establecía privilegios, y que alguien tuviera menos años no significaba que valiera menos o que tuviera menor dignidad.
- 15. La Palabra de Dios dice que a los jóvenes hay que tratarlos «como a hermanos» (1 Tm 5,1), y recomienda a los padres: «No exasperen a sus hijos, para que no se desanimen» (Col 3,21). Un joven no puede estar desanimado, lo suyo es soñar cosas grandes, buscar horizontes amplios, atreverse a más, querer comerse el mundo, ser capaz de aceptar propuestas desafiantes y desear aportar lo mejor de sí para construir algo mejor. Por eso insisto a los jóvenes que no se dejen robar la esperanza, y a cada uno le repito: «que nadie menosprecie tu juventud» (1 Tm 4,12).

- PADRE NUESTRO Y Bendicion final (p. Reuben)

Seguimos pidiéndote que nos enseñes a rezar porque no podemos hacerlo nosotros mismos. Dejemos que el espíritu ore y oremos juntos en nuestro idioma:

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden, y no nos abandones a la tentación, sino líbranos del mal.

Continúen bendiciéndonos a nosotros y a nuestros países a través de este encuentro conjuntos Bendice a todos aquellos que están haciendo sus generosas contribuciones. Abre nuestros corazones y mentes para recibir tu inspiración y fortalecer nuestra voluntad de hacer tu voluntad. Y por esto rezamos en Cristo nuestro Señor.

Recibimos la bendición de Dios:

El Señor está contigo.

Participantes: Y con usted también

Padre Rubén: Dios te bendiga, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.